

Gilbert, Joseph, Anne Rubenstein y Eric Zolov (coords.), 2001, *Fragments of a Golden Age. The Politics of Culture in Mexico Since 1940*, prólogo de Elena Poniatowska, Duke University Press, Durham, 507 pp.

**E**L AÑO 2000 FUE EL DE LAS PROMESAS de cambio. Y cambios hubo: no sólo se llevó a cabo la primera elección presidencial democrática en la historia de México, sino que ésta fue ganada por un partido de oposición, poniendo fin al largo gobierno autoritario del PRI. Pero muchas cosas no han cambiado, o cuando menos no tan dramáticamente como se podía suponer que lo harían. Aquí sólo me referiré a una: la manera en que se ve y se utiliza el pasado desde los círculos más altos del poder.

Una de las peculiaridades de los gobiernos priístas fue el éxito que tuvieron al utilizar la historia oficial y la promoción de un modelo cultural en el proceso de formación del Estado luego de la revolución mexicana. Lo particular no fue que el régimen posrevolucionario intentara manejar la historia y la cultura con ese fin —al revés, eso es una característica de todos los gobiernos que nacen de una revolución—, sino el éxito que tuvo al hacerlo y la estabilidad que ello le dio al régimen de partido único. Dado que la legitimidad del régimen nunca provino de las elecciones, la historia y la cultura oficiales promovidas desde las instituciones del gobierno (la SEP y el INAH, por ejemplo) siempre fueron la base de la legitimidad: el PRI podía y *debía* gobernar, no porque “el pueblo” lo eligiera para ello, sino porque el PRI era, según la historia oficial, el único y verdadero heredero de la revolución mexicana, fuente del único y legítimo mandato popular. Las elecciones, durante mucho tiempo, sólo fueron un manto legitimador de la “democracia” mexicana hacia el exterior.

Gilbert Joseph, Anne Rubenstein, Eric Zolov y los colaboradores del volumen *Fragments of a Golden Age* (Fragmentos de una época dorada), hacen un intento serio por estudiar, dentro del más puro estilo de la llamada “nueva historia cultural”,<sup>1</sup> cómo fueron recibidas, negociadas y, en la mayoría de los casos alteradas, la historia y la propuesta cultural

<sup>1</sup> La nueva historia cultural se podría definir, en pocas palabras, como la historia de la producción y reproducción de los significados socialmente construidos, y se distingue principalmente por su interés en el estudio de las mentalidades y los grupos llamados “subalternos” (o subordinados).

oficiales, cuando los grupos “subalternos” las recibieron después de 1940 —año que consideran clave, pues no fue sino hasta el final del gobierno de Lázaro Cárdenas cuando maduraron el discurso, la retórica y el modelo cultural que surgieron de la revolución.

En términos generales, este conjunto de autores logra con relativa eficacia transmitir su mensaje: si bien el régimen surgido de la revolución logró en parte su muy peculiar estabilidad gracias a un discurso y a un modelo cultural nacionalistas con los que se pudieron identificar grandes sectores de la sociedad —tanto de la elite como de los grupos subalternos, urbanos y rurales, civiles y militares—, éstos no fueron producto de la simple imposición desde arriba. Lo que resultó “nacionalista” o, en términos más generales, “lo mexicano”, fue más bien producto de la negociación entre el discurso oficial y las costumbres y prácticas populares. O dicho de otro modo, la historia oficial se tuvo que ir adaptando a la manera en que cada grupo dentro de la sociedad y cada región fueron modificando el significado del mensaje que surgía desde arriba y desde el centro. Por tanto, no se puede decir que la cultura revolucionaria —es decir, el conjunto de significados socialmente contruidos que dieron estabilidad al régimen— haya sido producto de una imposición, o que la hegemonía del régimen haya sido un proceso en un solo sentido: de arriba hacia abajo. Más bien, el conjunto de ensayos contenidos en *Fragments of a Golden Age* es parte de ese creciente volumen de literatura que ha demostrado que, en los procesos hegemónicos, los grupos populares desempeñan un papel activo, aceptando las condiciones de dominación pero negociando su contenido.

Habría que señalar, sin embargo, que aunque el mensaje principal nos llega claro, este libro comparte los defectos de la mayoría de las publicaciones que se basan en los métodos de la nueva historia cultural: la calidad de los ensayos es muy variable. En la primera parte del libro, tanto el ensayo introductorio de los editores como el de Arthur Schmidt, en donde se presentan los argumentos de manera general, son claros y persuasivos. Pero en la segunda parte, en la que los estudios de caso deberían corroborar con evidencia empírica los argumentos generales que el libro presenta, sólo algunos de los autores mantienen el contacto con la evidencia que presentan y restringen sus argumentos y conclusiones a ella (como Jeffrey Pilcher, por ejemplo, que escribe sobre cómo se han transformado ciertos hábitos culinarios mexicanos con la apertura de los mercados, la competencia, el cambio de la relación entre los sexos y las transformaciones de la identidad nacional). La mayoría

incurrir en la sobreinterpretación de la poca evidencia que presenta; en la lectura forzada de los documentos y las entrevistas en las que se basa; en la interpretación anacrónica de los hechos y, particularmente, imagina “resistencia” en donde no la hay (como Anne Rubenstein, a quien definitivamente le falta evidencia en su ensayo para demostrar que la violencia social durante el funeral de Pedro Infante se puede interpretar como resistencia al proyecto cultural de los gobiernos posrevolucionarios). Por ello, podríamos decir que este libro constituye sólo un fragmento del estudio que se podría hacer de los fragmentos de una época dorada.

A pesar de ello, el libro es útil para quien desea entender por qué, aun después del cambio de régimen, la historia oficial sigue buscando ser una fuente de legitimidad para el gobierno. El nuevo régimen se ha distanciado, por ejemplo, de Villa y Zapata (que sólo formaron parte de la historia oficial cuando el régimen tuvo que reconocer las reivindicaciones sociales que las clases populares demandaban), y ha puesto a Madero como figura central de la revolución (dada su relación en la memoria colectiva con la democracia). Pero tendrá que seguir negociando su versión de la historia con una sociedad que, por ejemplo, no ha estado dispuesta a aceptar una relación más estrecha entre la jerarquía católica y el gobierno.

*Luis Barrón\**

\* Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).